

ODETTE

Por: Héctor Ceballos Garibay

Era difícil, con todo el cansancio del viaje trasatlántico a cuestas, reparar en la belleza de París. Poco importaba que ésta fuera la primera visita a Europa de Juan, Paco y Fernando, pues en ese momento sólo existía la fatiga y el derrumbe anímico luego de extenuantes horas continuas de vuelo. Una vez que tomaron el taxi rumbo al hotel ubicado en el barrio latino, descubrieron que todo el entorno, los bulevares, el Sena, las plazas, los monumentos, aparecía a sus ojos como terriblemente fútil y tedioso. En absoluta coincidencia, los tres amigos querían atravesar lo más pronto posible la ciudad y llegar a dormir un sueño reparador. Después de ello, París sería París.

A la mañana siguiente, lucían frescos y enjundiosos a la hora de planear su itinerario. Juan -que portaba una extensión de la *American Express* de su papá- proponía alquilar un *citroen* en la agencia de automóviles, recorrer los principales puntos turísticos, y concluir la jornada en algún antro de *Pigalle*. Hubo un tácito acuerdo cuando Paco advirtió, mientras se atragantaba el *pétit déjeuner*, que no había que desvelarse mucho, ya que al día siguiente deberían

salir muy temprano rumbo a España.

La prisa se adivinaba en aquellas carcajadas entrecortadas que inundaban el minúsculo comedor del hotel. Los chistes venían a menos y la ansiedad se agolpaba en la cabeza de Juan, quien anhelaba salir a turistar cuanto antes. Paco contestaba con monosílabos, deseoso de irse a lavar los dientes. Ambos apremiaban a un Fer moroso, ocupado en flirtear con la recamarera del hotel.

-Ya Fer, termina tu cigarro y vámonos por el coche -insistió Paco.

- ¡Aguántenme un poco, que me está coqueteando esa chulada de mujer!

-respondió Fer, ensoberbecido por su inesperada conquista.

- Ya está vieja, qué no ves. En España las conseguiremos mucho mejores -terció Juan levantándose de la mesa.

- ¿Estás ciego? Ese horrible uniforme de mucama esconde un cuerpecito de lujo. ¿Cuánto apuestan a que me la encamo? -dijo Fer, sirviéndose más café. Vayan ustedes por el coche, que aquí los espero yo en el hotel. ¡Tárdense mucho en regresar, por favor!

- Estás zafado si crees que la vas a seducir en tan poquito tiempo. En fin, allá tú. Ojo, pasamos por ti al mediodía -advirtió Paco, antes de entrar en el ascensor.

Fer permaneció una media hora más ahí, sentado y fumando, esperando ver a la francesita cuando bajara con la ropa sucia. Ansiaba sentirse deseado, engolosinarse con la idea de que tan sólo bastaba su apariencia física para cautivar a cualquier mujer que se cruzara por su camino. Pero fue inútil, ella no

volvió más. Presenció en cambio la partida presurosa de sus amigos, los cuales todavía tuvieron tiempo de burlarse de él, de sus desatadas ínfulas de Don Juan.

Al subir por las escaleras rumbo a su habitación, Fer sintió los vaivenes del desasosiego. ¡Diablos, tenía que hablar con ella a como diera lugar! Paso a paso fue revisando cada uno de los pisos del hotel, sin que tuviera la suerte de encontrarla. Se estremeció, de pronto, cuando la vio en el pasillo del quinto piso, terminando de arreglar uno de los cuartos del fondo. El suyo todavía estaba sucio, así que no dilataría mayor cosa en venir a donde él la aguardaría recostado en la cama destendida. Antes de entrar en su habitación, Fer chifló una canción de moda y le hizo un guiño socarrón.

Ella entendió el mensaje, y no tardó en hacerse presente.

– ¿Sois españoles, verdad? -dijo al entrar, con las sábanas limpias en los brazos.

– ¡Qué va! Somos mexicanos, de pura cepa. Dime, *ma chéri*,
¿comment t' appelles tu?

– Odette -contestó y comenzó a sacudir la habitación.

– ¿Y cómo es que hablas tan bien el español?

– El castellano -precisó- lo aprendí en España, allá paso todos los veranos.

- Pues para allá, a la madre patria, nos dirigimos mañana, tempranito. Mis amigos fueron por el coche y yo preferí quedarme aquí, para conocerte. Se me antojó mirar tus ojos de cerca. Arriesgarme a un *téte-á-téte* contigo.
¿Qué opinas?

- *Trés bien*. Me encanta salir con sudacas, y más si son aborígenes de pies

a cabeza.

- ¿Sudacas?

- Así les dicen en España a los sudamericanos, ¿no lo sabías?

- Pero si México está en el Norte del continente...Además no todos somos inditos, te lo aseguro.

- Entre menos se parezcan a los occidentales, más prefiero a la gente del Tercer Mundo. Adoro a los negros, a los indígenas americanos y un poco menos a los asiáticos. ¿Cómo vez?

- ¡Madre mía, cuánto esnobismo! ¿Y entonces por qué coqueteas conmigo, si soy blanco, todo un criollo hecho y derecho?

- Bueno, cuando no hay mucho de dónde escoger no soy tan exigente. ¿Cuántos años tienes, majo?

- Apenas 20, pero bien vividitos, te lo juro.

Luego de ayudarle a tender una de las camas, Fer se encaminó hacia ella y, quitándole la almohada de las manos, la tomó por la cintura y buscó ansioso sus labios. Odette respondió con fervor, como si llevara horas esperando ese beso. La inercia de los dos cuerpos al encontrarse hizo que cayeran al pie de la cama. La puerta había permanecido abierta y Odette pensó que alguien en el hotel podría oírlos, así que interrumpió abruptamente las caricias.

- Mejor a la noche -dijo, abrochándose la blusa.

- ¡No me dejes a medias, por favor, te deseo tanto!

- Aquí resulta imposible, entiende. No quiero que me echen a la calle...

Tengo que mantener a mi hijo.

- ¿Tu hijo? -Fer se levantó al instante. ¿Y dónde nos veríamos? No

conozco la ciudad.

- En mi casa. Buscas un taxi y listo. Toma, ésta es la dirección de mi piso, no queda muy lejos. Te espero a cenar a las 7:30.

Al darle un beso de despedida, Fer se percató de los dientes extremadamente amarillentos de Odette. Eso, y aquel busto demasiado prominente, empañaron su sensación de triunfo. No importa -se dijo-, cosas deliciosas surgirán esta noche.

Fer salió del hotel con mucha anticipación, por si se extraviaba durante la travesía a la casa de Odette. París, con su fama de ciudad cosmopolita, generaba en él una sensación ambigua de temor y placer. Se preguntaba a sí mismo si valía la pena perderse un día de juerga con sus amigos, ¡y estando en París!, por causa de un improvisado e imprevisible ligue con una francesa que limpiaba habitaciones en un mugroso hotel para estudiantes. ¿Y si Odette era portadora del VIH? Los nervios lo atenazaban al asiento trasero del taxi. Permanecía ajeno por completo al bullicio que lo rodeaba, y sólo veía con pavor cómo subía la cifra del taxímetro. Se sentía al borde del arrepentimiento, maldiciendo su facilidad para meterse en líos de faldas. ¿Y si todo aquello era una burla, un engaño?

El humor le cambió cuando entró en el apartamento de Odette. ¡Bendita transformación la que ella había experimentado en cuestión de horas! De una mujer astrosa, pálida y sudorosa, ahora estaba frente a una bella parisina que portaba un pantalón de pana entalladísimo, unas botas muy chic y un suéter negro y holgado que le sentaba a las mil maravillas. Fer se congratuló de haber ido a la cita en el momento que observó aquel ámbito acogedor, de cierta sofisticación, en donde sobresalía una mesa repleta de quesos y dos botellas

de buen vino francés. Tanta generosidad por parte de Odette le recordó que él no había llevado ningún regalo al convivio, salvo un par de condones.

– Me tienes anonadado, Odette, no esperaba encontrarte tan hermosa y en este bonito departamento.

– Te dije, ¿no?, que aquí todo sería diferente.

– Oye, si uno se fija en la decoración del depa, más pareces una estudiante de la Sorbona que una recamarera.

– No sé si en tu tierra suceda igual, pero en París mucha gente joven trabaja en lo que puede. Tener empleo ya es tener suerte, tal como está la crisis, coño.

– Sí, tienes razón. Pero allá, en México, no me imagino a mis amigas de la Ibero trabajando de recamareras.

– Limpiar camas no es tan desagradable como tú piensas. Vale, es cierto que no me pagan mucho, pero es un empleo sencillo y rápido. Me desocupo al mediodía y así puedo atender a mi hijo el resto del tiempo.

– ¿Y dónde está tu hijo?

– ¿Jean? Se lo encargué a la vecina de al lado. Por cierto, ella trabaja de mesera, y el padre de Jean lo hace en un circo. ¿Te sirvo vino?

Después de que ingirieron una botella de vino se sintieron más relajados, como si se hubieran conocido siglos atrás. A ratos, Fer elaboraba frases cursis en francés, sin percatarse de su mala pronunciación. De inmediato, Odette lo callaba a besos o le arrimaba a la boca otra galleta con Camembert. Era tal la euforia de Fer al sentir la calidez de Odette, que se olvidó por completo de aquellos dientes carcomidos por la nicotina, y del infaltable miedo a perder la erección cuando se tuviera que poner el condón. Se sentía a sus

anchas, capaz de hacerle el amor a Odette toda la noche. ¡Cuántas peripecias eróticas -imaginaba- les contaría a sus amigos al día siguiente!

– Fer, ¿por qué miras con insistencia mis dientes? ¿Te doy asco?

– Al contrario, *mon amour*, tus labios son divinos.

– No es por culpa del tabaco que mis dientes están amarillos. Fue a causa de una enfermedad que padecí cuando era bebé. Una especie de anemia.

– Caray, mujer, no me interesa para nada saber de tu infancia. Mejor cuéntame...sí, pláticame de los labios que tienes allá abajo, bien escondiditos.

Fer aprovechó aquel momento de mutua confianza para desabrocharle el cinturón e introducir su mano por debajo del pantalón, quería sentir la humedad de aquella otra boca todavía desconocida por él. Odette se sacó el suéter con destreza, sin interrumpir siquiera el movimiento armónico de sus piernas o el despliegue de besos que enrojecían el cuello de Fer. Ocurría un acompasamiento virtuoso de gestos y gemidos cuando, repentinamente, oyeron el estrépito de un claxon. Tres veces tocó allá abajo, en la calle, ese santo y seña mil veces escuchado por Odette.

– ¡Merde!, es Gustave. ¡Levántate, vístete, es Gustave!

– ¿Quién?

– ¡Gustave!, el padre de mi hijo. A veces se le ocurre venir a visitarlo sin avisarnos. Apúrate antes de que suba...

– ¡Qué manera de darnos en la madre! ¿Todavía te acuestas con él?

Gustave se percató de inmediato de lo que ahí sucedía. Y no cabía de contento por haber sorprendido a la pareja, por haberlos

interrumpido. Una amplia sonrisa desplegó mientras se servía una copa de vino. Apenas si saludó a Fer, quien permaneció atribulado, sumido en uno de los sillones, acomplejado ante la figura robusta de aquel cirquero inoportuno. Gustave le preguntó a Odette dónde estaba Jean, y sin que le importara mayor cosa la respuesta se quitó los zapatos y cambió de música: un disco compacto de samba por uno de U2. Se instaló en la sala cómodamente, como para no moverse nunca. Pronto devoró los quesos que aún sobran y bebió el resto del vino. Parecía un Pantagruel insaciable, que a cada trago paladeaba también el succulento manjar de haberse aparecido por ahí, en la casa de su ex amante, en el mejor de los momentos posibles.

*

Se citaron en el bar del hotel Nikko. Juan y Paco llegaron puntuales, como siempre. Fer se dilató merodeando por las *boutiques*, en busca de alguna gringa solitaria a quien ligar. Cuando se incorporó al grupo de amigos, notaron en él un aire de engreimiento, más teatral que el usual.

- Bájale Fernandito, bájale al ego, que espantas con tanta soberbia -dijo Paco.
- ¿A poco ya ligaste gabacha, en un dos por tres? -preguntó Juan.
- Todavía no, quizás al rato. La noche es joven. A que no adivinan quién me habló por teléfono.
- ¿Quién? -inquirió Paco.
- ¿Se acuerdan de Odette, la francesita que me cogí en París la noche anterior al viaje por España?

– Pero de eso hace más de dos años, ¿qué no? ¿Te habló desde París? -indagó Juan.

– Pues se quedó clavadísima conmigo y vino a visitarme. Está aquí en México, y mañana la voy a llevar al Museo de Antropología. ¿Qué tal?

– ¿Cómo estás tan seguro de que vino por ti, a verte a ti, si cuando regresamos a París se te esfumó? -puntualizó Juan con sorna.

– Mira mano, lo único que sé es que le bastó el recuerdo de aquella noche para venir hasta acá, a buscarme. Es que le hice un muy buen trabajito, no cabe duda. ¡Cogimos hasta decir basta! -subrayó Fer, apurando su whisky.

– ¿Se va a quedar contigo en tu departamento? -preguntó Juan.

– Es lo más seguro, aunque todavía no sabe si se va a Guatemala pasado mañana, o se queda más tiempo a mi lado. Está re loca, dejó al hijo con su padre y se vino campechanamente a conocer en vivo a la cultura maya. Qué ondas, ¿no?

– Por fin, ¿vino hasta acá por ti o por los mayas? -observó Juan.

- Por mí, hombre, ya les dije que los mayas son un simple pretexto. Les apuesto lo que quieran a que se queda a mi lado varios meses. En verdad no sé cómo voy a decirle que ya estuvo suave, que ya estoy hartito de ella.

Después de una jornada turística agotadora, Fer y Odette entraron al departamento de Río Nazas, un hogar semidesértico desde que los papás de Fer se incorporaron al personal diplomático en Washington. Ambos se sentían exhaustos, y en sus enfebrecidas pláticas confundían los nombres de los dioses aztecas con los de los totonacas. Las cervezas bebidas en las cantinas de la Zona Rosa acrecentaban la sensación de sopor, de feliz irrealidad. Y no obstante que estaba molesto con Odette por sus coqueteos con el taxista que

los había llevado al departamento, Fer tenía una obsesión que le zumbaba en la cabeza: terminar gloriosamente, ahora ya en México, aquella frustrada noche parisina. Estaban solos, bien servidos de alcohol y de mota, y con una asignatura a medio terminar. Además, pensaba Fer, Odette era una mujer noble, que sabría agradecerle todo aquel espléndido derroche de energía y pesos en honor de ella.

– ¿Verdad que me extrañaste mucho, que por eso viniste a México, verdad que sí?

– ¿A poco todavía te acuerdas de la cena en París? Eres un cursi, por eso me simpatizas, Fer.

– Y si tanto te gusto, ¿por qué flirteas con todo mundo? Anda, ¿dime qué sentiste cuando el taxista te ayudó a bajar de su coche? Casi te lo comías con los ojos, y en mi presencia, ya ni la chingas.

– No te enojés, Fer, mejor pon música y quítame la ropa, ¿no? Poco a poquito, con mucha ternura.

- ¿Verdad que te gusto más que ningún otro hombre? Dímelo al oído.

– Sí, me encantan tus celos. Te deseo. Quítate el pantalón y enséñame, dámela toda, que me gustan bien grandotas...

Súbitamente, cual sacudida por un relámpago, Odette se quedó paralizada como si le faltara oxígeno. Fer no sabía qué acontecía: si Odette era víctima de algún ataque cardíaco, o si todo aquello no era más que una comedia chusca para burlarse de él.

– ¿Qué sucede? ¿Por qué te quedas así, catatónica?

– Nada, no es nada. Simplemente se me acabó la inspiración. Discúlpame.

– Pero, ¡no puede ser! Si todo iba a pedir de boca. Me tienes

excitadísimo. Por favor Odette, no juegues conmigo.

- Te digo que me disculpes. ¿No entiendes? ¡Joder!

- ¿Cómo quieres que no me enoje, si otra vez me estás dejando a medias?

- Mira, si estás tan urgido, estoy dispuesta a mamártela.

- ¿Lo dices en serio? ¿Acaso no te gusto para coger? ¡Dime la verdad, Odette!

- Sí, es cierto, no eres lo que yo esperaba. Sí, la tienes chiquita, y así no va a resultar. Me conozco...

- ¡Ese es un prejuicio imbécil! El placer sexual no depende del tamaño del pene, sino de cómo te muevas, de cuánto aguantes. ¡Carajo!, yo puedo hacer que tengas orgasmos tres o cuatro veces seguidas, te lo juro.

- ¡Merde! A mí nadie me grita, y menos un chaval como tú. Ya está, explícatelo como quieras, pero te vi y se me quitaron las ganas, ¿comprendes?, tal vez me recordaste a alguien, quizá sea la nostalgia, no lo sé.

Era todavía de madrugada cuando Fer se despertó, acosado por un fuerte dolor de estómago. Tenía hambre y náuseas al mismo tiempo. Se sentía vapuleado, como viviendo una pesadilla que no le correspondía a él, sino a otro, a un pobre diablo. Odette ya se había marchado. En el tocador dejó una de sus mochilas, y encima de la almohada una nota: "Fer espero que no estés enojado conmigo. Estas cosas suelen suceder y no hay que tomarlas en serio. Ahora me confieso: el taxista de anoche me gustó muchísimo. ¡Se parece tanto a los indios mayas! Su nombre es Pedro. Aprovechó cuando te bajaste a

comprar cigarros y me invitó a desayunar. Luego iremos al Templo Mayor y a recorrer el D.F. Te encargo mi mochila. Gracias por todo. Un beso". En la posdata, Odette escribió: "Probablemente hoy por la noche me marche a Guatemala. Te buscaré a mi regreso, para terminar lo que tenemos pendiente, ¿vale?"

*

Fer pasó varios meses esperando el regreso de Odette o al menos una señal de su existencia. Le escocía el alma nada más de pensar que una parte de si mismo anhelaba fervorosamente su retorno, para demostrarle entonces cuán buen amante era él, sobre todo en comparación con cualquier nativo de La Merced o de Tepito. Su otra parte, en cambio, discurría sobre la mejor forma de vengarse de Odette, de procurarle un sufrimiento indeleble. Fer llegó, incluso, a fantasear con la idea de buscar a algún amigo sidoso –de esos que les gusta esparcir el virus por doquier antes de irse a la tumba- para que contagiara a Odette. Pero pasaban los días y de ella sólo quedaba una dolorosa huella, inasible y punzante.

Aquella noche, Fer regresó temprano a casa, no obstante que era época de posadas decembrinas. Llevaba cuatro días seguidos de claustrofóbicas parrandas. A la entrada de la cochera lo esperaba, ansioso y con mil años encima, Pedro el taxista. Le molestaba toparse de nuevo con aquel sujeto que había sido capaz -todavía se resistía a creerlo- de robarle a él, precisamente a él, los encantos de una mujer. Pero tenía también una acuciante curiosidad por saber de Odette.

- Supongo que se acuerda de mí, ¿no? Necesito hablar con usted.
- ¿Dónde diablos está Odette?

– Es largo de contar. Estoy preocupadísimo. Apenas ayer regresé de Guatemala, y ni aquí ni allá saben nada de ella. ¡Desapareció!

– Así que te fuiste con Odette. Cuéntamelo todo. ¿Qué sucedió?

– Un montón de malas ondas. Fue como una pesadilla.

– Vamos, desembucha la neta, sin rodeos...

– Nos pelamos para Guatemala. Ella quería visitar las ruinas mayas de por aquellos rumbos. Nos prendió fuerte la calentura y nos fuimos. Yo dejé todo...mi trabajo, mi casa, todo. Las cosas se ponían cada vez mejor, hasta que llegamos a Guatemala, ahí nos fue de la chingada.

– ¿Les robaron? En Centroamérica abundan los robos a los turistas.

– Peor que eso, los milicos nos apañaron. Íbamos en un camión y nos pararon para revisar. La verdad es que traíamos una poca de mota, y pues nos jalaron para el bote. Hasta de guerrilleros nos acusaron, los jijos de su madre. En la cárcel perdimos la poca lana que llevábamos.

– ¿Le pasó algo a Odette? ¿La golpearon?

– Hasta la violaron. Eso me contó ella cuando nos soltaron, luego de una semanita tras las rejas. No supe bien si fueron hombres o mujeres, ni cuántas veces, pero en la prisión se la fregaron bien y bonito. Gracias a Dios, al final nos sacaron los de la embajada francesa.

– ¿Y por qué no se regresaron de inmediato?

– No teníamos para el pasaje. Así que me metí a trabajar de cargador en el mercado. Y cuando ya tuve lana, pues que decide ella que siempre no. A güevo quería ir a las ruinas mayas. ¡Terca!

– Y tú, ¿aceptaste?

– Le digo que me traía de un ala. ¡Pinches viejas, nos dan toloache!

- Cuéntame cómo está el asunto de que se te perdió.
- Eso es lo que más me tiene encabronado, que ni siquiera adiós me dijo, y no sé qué diantres, si le pasó algo malo o qué carambas. Ya ve usted qué canijo anda todo por allá: entre la guerrilla, los milicos y los pandilleros está difícil salir vivo de ahí.
- ¿Así que un día, de repente, desapareció? Platícame eso con detalle.
- Sí señor, cuando supo que yo ya me quería regresar, cambió mucho: se puso fría todas las noches.
- Oye, ¿te enteraste si conoció a otra persona por allá, algún nuevo amiguito?
- Pensándolo bien, creo que sí. Pero está naquísimo el condenado: más prieto y chaparro que yo. Ése sí que es un indio de verdad.
- ¿Cómo fue que Odette conoció a este fulano?
- Pues cómo no, él era el mero guía de turistas, el que nos echaba el rollote sobre los mayas. El desgraciado se sentía muy chicho, y todo porque hablaba idiomas. Pero más que nada, me cayó gordísimo cuando nos hizo suponer que él, tan chulo, era descendiente de los dioses mayas. ¿Va usted a creer?
- ¿Viste a Odette platicando con él?
- ¡Újule!, un montón de veces. Hasta parecía que sólo a ella le tiraba el choro de las ruinas.
- Pues que pendejo te viste. Mira, no te preocupes, que a ella no le pasó nada malo. Sube al departamento y recoges su mochila, ¿quieres? Cuando

se canse de los mayas, júralo, te va a buscar por estos rumbos, y quien quita y hasta vuelva a enamorarse de ti.

Antes de darle la mochila a Pedro, Fer quiso esculcar las cosas de Odette, saber un poco más de aquella mujer que había conocido en París hacía casi tres años. Sentados en la sala, nerviosos y con una curiosidad que los hermanaba, Fer y Pedro comenzaron a hurgar en aquel bolso harapiento. Nada, de entre el montón de chácharas (chicles, condones, monedas, fotos), les causó tanta impresión como la agenda telefónica de Odette. En esta libreta maltratada y llena de anotaciones, descollaba una inmensa lista de nombres masculinos con su respectivo teléfono y dirección. La mayoría de ellos vivían en África, Asia y América Latina. Prácticamente todos esos nombres tenían una palomita con tinta roja, y, en un corchete, dos fechas que precisaban un tiempo determinado, ya fuera de varios meses o de uno o dos años. Anonadados, ninguno de los dos se atrevió a pronunciar una sola palabra. A poco, como si de pronto se le hubiera revuelto el estómago, Pedro salió precipitadamente de la casa. Fer apenas si alcanzó a oír lo que decía al marcharse.

– ¡No!, gracias. Mejor quédese usted con la mochila.